

raceros franceses pretextando un servicio, pero se le dificultó la salida, y creyéndose ya descubierto, salió de Barcelona solo y se unió á Eroles. Pero no por esto desistió de su plan. Falsificó, pues, las ordenes que se suponían dadas en virtud de un convenio entre Suchet y Copons celebrado en Tarrasa, y como él conocía las letras y las firmas, y se había llevado el sello del estado mayor francés, no desconfiaba del éxito.

Principióse por poner el plan en ejecución con la guarnición de Tortosa. Envióse á éste un despacho de Suchet, previniéndole al general Robert, estuviere dispuesto á evacuar la plaza tan pronto se le notificase la forma del convenio de Tarrasa. A poco Robert recibió aviso del comandante del bloqueo de Tortosa, notificándole haber llegado un ayudante de Suchet, con la firma del convenio, á quien si deseaba podría ver. Cauto y prudente Robert, puso dificultades en obedecer inmediatamente las ordenes que se le daban, y ya no se insistió más. El ensayo había salido mal, pero se decidió repetirlo con Mequinenza, Lérida y Monzon.

Con Mequinenza no ocurrió dificultad alguna, evacuándola su jefe el 13 de Febrero. De la misma manera cayó en el lazo el general Lamarque que mandaba en Lérida que la evacuó el 15, y no tuvo peor éxito la sorpresa en Monzon, pues si en un principio su gobernador se mostró receloso, al saber lo ocurrido en Lérida, no tuvo ya escrúpulos, y el 18 de Febrero entregaba la ciudad. Dicho se esta, que las confiadas guarniciones de dichas plazas no debían llegar hasta Suchet, pues el barón de Eroles las sorprendía en Martorell, reduciéndolas á cautiverio, á pesar de garantizarles su libertad la supuesta convención de Tarrasa.

Suchet nada pudo hacer para tomar razón de tales agravios, porque Napoleon acababa de darle orden de que negociase con Copons el abandono de todas las plazas fuertes, menos Figueras, esto cuando ya tenía Napoleon resuelto dejar á Fernando que marchase á España, lo que ya hemos dicho cuando sucedió, siendo Suchet quien le recibió en Perpiñan, oyendo de los labios de Fernando como éste le daba las gracias por la manera como había hecho la guerra en España.

Por el norte Wellington no se puso en movimiento hasta el día 14 de Febrero que principiaron las maniobras para el paso del Adour, atacando al general Harispe, Pablo Morillo con su división, desalojándole de todas las posiciones que tenía. Asegurando el paso del ejército aliado, Soult se retiró detrás del Gave de Pau, estableciendo sus

cuarteles en Orthez. Pero el paso de un río tan ancho como el Adour y por el costado mismo de Bayona, era empresa difícil y Wellington la difirió hasta el 25, después de haber llamado nuevamente al ejército las divisiones de Freire. Una vez hubo cruzado el ejército el río, en cuya operación tomó parte principal la marina inglesa, Wellington avanzó resueltamente sobre Orthez, trabando la batalla el 27 de Febrero. Rudo fué el combate, pero los bisoños soldados de Soult no podían sostener el combate por mucho tiempo, contra un ejército que casi le doblaba el número, compuesto además de gente aguerrida. Por esto tuvo que ceder el terreno, y al ceder principió la deserción, asegurándose que Soult perdió en el combate y retirada más de doce mil hombres, no llegando á dos mil las bajas de los aliados.

Soult, ya lo hemos dicho, creyendo que Wellington se iría tras sí, se retiró á Tolosa, por Tarbes y el Garona, pero el general inglés podía, después de la batalla de Orthez, enviar con toda seguridad un ejército á Burdeos y otro á Tolosa.

Fué Beresford á quien Wellington mandó á Burdeos, á Burdeos en donde Napoleon esperaba que Soult, llegado el caso, se sabría sacrificar llevando en los furgones de su ejército al duque de Angulema cuya causa Wellington no apoyaba ni desapoyaba, pero en Burdeos el pueblo y sobre todo las clases acomodadas eran realistas, y como apenas vieron la vanguardia inglesa las autoridades imperiales se apresuraron á abandonarla, Beresford hizo su entrada triunfal sin dificultad alguna el 12 de Marzo, se hizo al día siguiente la proclamación de los Borbones, de lo que se apresuró á protestar Wellington para cubrir su responsabilidad.

Soult, abandonando todos sus bagajes pesados, pudo adelantarse á Wellington y entrar en Tolosa sin estorbo y con días de ventaja. Wellington avanzó con suma prudencia, y si al parecer con algún temor, fué por haberse negado nuestro conde de la Bisbal á unir su ejército al suyo, pretextando la Bisbal el estar su gente necesitada de descanso y de reorganización, cuando el verdadero motivo era el estar metido en las tramas de los enemigos de la Constitución de Cádiz, capitaneados por el mismo Fernando VII. Wellington tuvo, empero, que pasarse sin su cuerpo de ejército, sin embargo unió á sus tropas el tercer ejército español que mandaba el príncipe de Anglona, Wellington llegó por fin sin el menor tropiezo delante de Tolosa el día 27 de Marzo, principiando desde el día siguiente los preparativos para el paso del río, que cruzaron las pri-

meras fuerzas el día 31, suspendiéndose la operación, para echar los puentes por otra parte, pues el terreno que resultaba del otro lado, impedía toda clase de operaciones. Esto fué causa de que no se cruzase el río hasta el 4 de Abril, mas, cuando lo habían verificado tres divisiones inglesas al mando de Beresford, una súbita crecida del río obligó á Wellington á levantar el puente para que no le arrastrara la corriente, quedando su gente cortada.

Durante cuatro días estuvo Wellington separado de Beresford sin que durante los mismos hiciera Soult la menor tentativa para destruir al general británico lo que no le hubiese sido difícil, los motivos que tuvo Soult para no moverse de las posiciones que había tomado para defender la ciudad, son incomprensibles, y la diligencia que puso Wellington el día 8 de Abril en pasar del lado de su divisionario, prueba cuanto temió una catástrofe.

Ya del otro lado de acá del Garona, Wellington dispuso todo lo necesario para atacar á Soult y á Tolosa, defendida por unos treinta mil hombres, pero la batalla no se dió hasta el 10. Fueron los nuestros al mando de Freire los que principiaron el ataque trepando una colina en medio de un vivo fuego de artillería y de fusilería que no fué parte á que nuestros soldados se apoderaran de aquel punto y se mantuvieran en él victoriosos, pero siempre pesados en sus movimientos los ingleses, Beresford no acudió al ataque sino cuando los nuestros se veían ya obligados á retirarse, sufriendo en esta ocasión considerables pérdidas, pero era ya tal la solidez de nuestras tropas y tan grande su ardimiento que el mismo Wellington, en el parte oficial de la batalla, dice de este episodio de la misma, que le «causó mucha satisfacción el ver que aunque las tropas habían sufrido considerablemente al tiempo de retirarse, se reunieron otra vez luego que la división ligera, que estaba muy inmediata á nuestro flanco derecho, se ponía en movimiento; y no puedo, decía, elogiar suficientemente los esfuerzos que hicieron para reunir las y formarlas de nuevo el general Freire, los oficiales de estado mayor del cuarto ejército español y los del estado mayor general. El teniente general D. Gabriel de Mendizábal, que estaba de voluntario en la acción, el brigadier Ezpoletá, y diferentes oficiales del estado mayor y jefes de cuerpo fueron heridos en esta ocasión, pero el general Mendizábal continuó en el campo. El regimiento de tiradores de Cantabria al mando del coronel Sicilia, mantuvo su posición debajo de los atrincheramientos enemigos, hasta que le envió la orden de retirarse.»

Cuando Beresford se hubo empeñado y rehecho Freire, éste le apoyó y se tomaron todas las alturas con sus reductos, pero sin la artillería que pudieron llevarse los franceses.

Hill, por su parte, y siempre con él Pablo Morillo, atacó á Tolosa por el arrabal de Saint-Cyprien obligando á los franceses á retirarse detrás de las murallas que todavía tenía Tolosa en aquel tiempo. A las cuatro de la tarde, Clausel, por orden de Soult, principió los movimientos para asegurar la retirada de los franceses, que no se verificó hasta la noche del 11 al 12 de Abril, dejando en Tolosa sus heridos, cañones y otros efectos. Tal fué el resultado de la batalla de Tolosa, que nunca debieron presentar los franceses como un triunfo, triunfo de los aliados que pagaron con cuatro mil setecientas bajas, siendo casi iguales las que sufrieron respectivamente españoles é ingleses. Mayores fueron las de los franceses y no es fácil asegurar lo que hubiera sucedido con motivo de su retirada de no llegar en la tarde misma de la batalla la noticia de la entrada de los aliados en París, noticia que trajo á Wellington el coronel inglés Cook, y á Soult el coronel francés Saint-Simon.

Soult se había retirado en dirección á Carcasona para darse la mano con Suchet, pero convencidos uno y otro mariscal de que nada podían hacer por Napoleon, convinieron el 18 de Abril, en que cesasen las hostilidades, celebrando cada uno por su parte, con Wellington, un tratado especial, porque Suchet no quiso en modo alguno reconocerse superior ni subordinado al antipático Soult. En virtud de estos convenios se dieron las órdenes respectivas para que los franceses evacuasen las diferentes plazas fuertes que aun ocupaban en España, que quedó al fin libre de ellos en los días 3 y 4 de Junio.

En Italia acabó la guerra de esta manera.

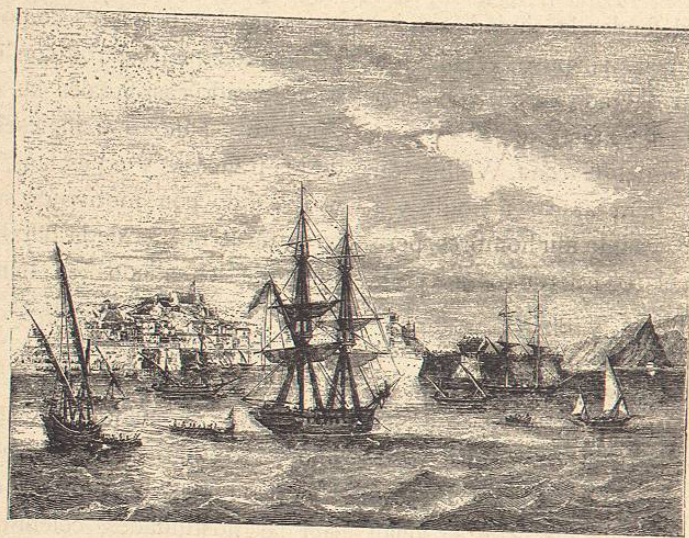
Napoleon después de Lutzen, en cuya batalla el príncipe Eugenio se había distinguido destruyendo al general prusiano York y al príncipe de Wurtemberg, envióle á Italia para que organizase un ejército de socorro y en caso necesario para hacer frente á Austria á la que se iba á provocar. En su consecuencia Eugenio abandonó á Napoleon á quien ya no debía ver más y se fué á Milán, en donde empleó toda su actividad en organizar un ejército de cincuenta mil hombres con los que penetró resueltamente en Austria al declararse ésta, en Agosto de 1813, contra Napoleon, tomando ventajosas posiciones en la Carniola y la Carinthia, en las que se mantuvo durante dos meses ensangrentando los valles del Drave y del Save que no hubiera abando.



nado á pesar de los esfuerzos de Austria, si su suegro, el rey de Baviera no se hubiese unido á la coalición, y por consiguiente no fuera ahora posible á los austriacos atacarle por la espalda, bajando por el Tirol. Retiróse, pues, Eugenio sobre el Adige con cuarenta mil hombres, haciendo frente durante tres meses al feld-mariscal Bellegarde, que con sesenta mil hombres ó más en vano buscaba como cruzar el río; y no fueron al fin los austriacos los que de allí le arrojaron, sino la más baja, incomprensible é inútil de las traiciones, la traición de Murat.

Murat, de quien puede decirse que había ya hecho

traición al regresar de Rusia, se mantuvo, sin embargo, indeciso durante todo el año 1813. Se asegura que fué su esposa Carolina, la propia hermana de Napoleon la que le indujo á entrar en tratos en 1813, con Austria é Inglaterra para asegurar su reino y aún extenderlo por toda Italia, pero mientras Napoleon estuviera en pié y amenazador, Murat no había de comprometerse, sin embargo, hubo de tomar parte en la campaña de Alemania del año 1813, pues no le fué posible permanecer á ella indiferente á causa de las órdenes de Napoleon que resistió mientras no vió la fortuna del lado de su cuñado, pero después de Bautzen y Lutzen ya no



Llegada de Napoleon á la isla de Elba

vaciló y corrió á su lado, obteniendo, del inmenso cariño que Napoleon le profesaba, un perdón que no merecía. Pero después de Leipzig, en cuya batalla se batió como un bravo, ya hemos dicho que nuevamente desertó de las banderas francesas. Apenas hubo llegado á Nápoles, se reanudaron las interrumpidas negociaciones y todo se fué preparando para su defección.

Impulsábale á Murat también la actitud de algunos de sus generales. En el Norte como en el Sud de la península italiana, los liberales creían que se debían aprovechar los desastres de Napoleon para afianzar la independencia y la libertad de Italia. Eugenio, que fué siempre francés, no vaciló en separar del ejército á los generales Zucchi y Pino que fueron los que más se adelantaron, sin pensar que en la situación en que se encontraba, lo que podía salvarle y salvar á Italia era el levantamiento de los lombardos por su independencia nacional. En el Sud, mientras los sanfedistas volvían de nuevo á las

montañas de la Calabria por su rey, y los carbonarios les seguían por la Constitución, Murat no se decidía y perseguía á todos cuando la conspiración permanente estaba en su propio ejército y era Guillermo Pepe el jefe del partido constitucional. En el Norte y en el Sud de la Península no podían, pues, contar los parientes de Napoleon con el pueblo italiano cuyas aspiraciones contrariaban.

Fouché, que por este tiempo estaba en Italia como un deportado, unido á la reina Carolina que antes que hermana de Napoleon quería ser reina, decidieron á Murat, siempre hombre de pobre espíritu aunque de grande corazón, y le arrancaron su adhesión y su firma á los tratados que Austria é Inglaterra le presentaron los días 6 y 11 de Enero de 1814. Por ellos se obligaba á ponerse al frente de treinta mil soldados y á juntarse con los italianos, por cuyo servicio no sólo se le garantizaba la posesión de su reino, sino que se le ofrecía un engrandecimiento á expensas de las provincias Ponti-

ficias, de las que se separarían dos para ser unidas al reino napolitano.

Púsose, pues, Murat al frente de sus treinta mil hombres y con ellos marchó al encuentro de Bellegarde. Al llegar á Bolonia dió una proclama anunciando su ruptura con Napoleon, con no poca sorpresa de muchos de los que le seguían que creían iban á combatir con el príncipe Eugenio á los austriacos, marchando luégo de Bolonia á Reggio y de esta plaza á la de Plasencia pero sin que pudiera decidirse á unirse con el general austriaco para no tener que batirse con Eugenio. Este, á consecuencia

del movimiento de Murat, se retiró del Adige al Mincio, y si el 8 de Febrero, al ser atacado, hubiese podido contar con Murat, su victoria hubiera sido tan decisiva, que antes llegaran ellos á Viena ó al corazón de Alemania que los aliados á París. Pero batido y todo, Bellegarde halló medio con el auxilio de Murat de continuar la invasión, penetrando en las legaciones.

Vinieron los acontecimientos de Francia, la entrada de los aliados en París y el tratado de 11 de Abril que enviaba á la isla de Elba á Napoleon. Entonces Eugenio firmó con Bellegarde en Mantua



Batalla de Tolosa



en 16 de Abril, un armisticio por el cual debían salir inmediatamente para Francia los soldados franceses que había en su ejército. En este momento de suprema angustia para los patriotas italianos, cuando veían hundirse la constitución napoleónica y avanzar sobre ellos la águila austriaca, se levantaron en Milán por la libertad y la Constitución, y aún por el príncipe Eugenio, quien siempre viendo que había sido uno de los caballeros del puñal que habían querido salvar á Luís XVI, y por esto lejos de apoyar á los liberales italianos que tanta sangre habían derramado por Napoleon, llamó á Bellegarde á Milán y éste se encargó de la represión del movimiento. El príncipe Eugenio, desde el 16 de Abril, ya no fué mas que un príncipe bávaro. Se retiró al lado de su suegro, el rey de Baviera, y un ataque de apoplejía le arrebató la vida á los cuarenta y cuatro años, sin que ni en Francia ni en Italia hubiese quien por él derramase una lágrima. Murat, al saber como había terminado la aven-

tura napoleónica, que el epílogo que tan fatal le fué nadie lo preveía, procuró regresar modestamente á Nápoles, sin ruidos ni pretensiones con la esperanza de que se respetarían los tratados que le habían deshonrado delante de todos los hombres de corazón.

Así terminó en realidad la aventura napoleónica, sin un acto heroico, sin un sacrificio en favor de ese glorioso imperio que por tantos años había sido el terror del mundo, sin que un solo hombre mostrase por su fundador á lo menos el reconocimiento debido por los favores recibidos ya que no era nadie capaz de demostrar la menor compasión por las grandes desgracias de toda una familia que pasaba en un día del trono al ostracismo.

Solo como hemos visto los hombres menos adictos á Napoleon le demostraron afecto y simpatía en la desgracia, pero los Macdonald fueron raros, y los que más hicieron para hacer á la Francia de la Revolución unos funerales dignos, como luégo veremos, estos no se los hicieron á Napoleon, sino á las